



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13283

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde el 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 24 DE FEBRERO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Buena medida

El matonismo, que tiene á los pueblos en constante alarma por la frecuencia con que ilustra la crónica negra, ha decidido al gobernador de la provincia á dirigir á los alcaldes una circular recomendando los cacheos.

Por fin se entra en el buen camino. Y se entra en momento oportuno, en el periodo carnavalesco, en estos días en que mucha gente se tapa la cara abrogándose el derecho de decir desvergüenzas y sostenerlas en el terreno de los guapos, si aquellos á quienes ofenden se les ocurre rechazarlas.

El matonismo existe porque hay tolerancia para el uso de armas; no la hubiera y el matonismo desaparecería aplastado por el ridículo. ¿Qué harían los matones desde el momento que se vieran privados del revólver ó de la navaja, ó el cuchillo, armas asesinas con las cuales apoyan sus procazidades? Comprimirse y recomendarse á la prudencia. Ahora los que se comprimen son los hombres de bien devorando en muchas ocasiones el soprojo de ser atropelados.

La circular del gobernador de la provincia viene á confirmar lo que ha sido de este mismo asunto hemos dicho tantas veces. Es preciso privar á la gente maleante de las armas y para ello es necesario meterles la mano en el bolsillo para ver si las llevan. Pero hay que hacerlo á toda hora, por la mañana por la tarde, por la noche hasta obligarla á perder la costumbre de ir siempre prevenida con la navaja, el cuchillo, el revólver ó el puñal. Practicando el cacheo á toda hora se harán cosas buenas: reintegrar á los hombres de bien en la tranquilidad á que tienen derecho é impedir que la gente del bronce derive hacia el presidio. Porque es seguro que cuando esa mala gente vea que les quitan las armas y los baidan á multas, sufrirá con paciencia las flaquezas de sus semejantes y pondrán freno á las provocaciones.

En honor de esta policía debemos decir que se había adelantado á los deseos del gobernador. Hace tiempo que viene el señor Calvo practicando cacheos y son muchas las armas que ha puesto fuera de servicio.

Y ahora redoblará su celo. Convinco como está de que el gobernador tiene razón cuando dice que hay que desarmar el matonismo, no arrendamos la ganancia á los que sin licencia alguna llevan armas. El señor Calvo se las quitará.

Ahora lo que falta es que no haya padrinos que quieran proteger á sus ahijados; porque si los hay, la circular del gobernador de Murcia dará frutos totalmente negativos. á los que se persiguen.

MEDICINA CASERA

Tengo yo una vida, cocinero, que tiene su encanto como cualquier otra, con ideas, beldades y originalidad, en cuestiones y asuntos muy formales. Como sabido que la medicina tiene mucha influencia en la cocina, me he dado á hacer un curso, y así he conseguido muchos conocimientos, como recetas, ensaladas y cosas así.

Un día me vino una idea y me acordé de la aplicación que se le da á la cocina. Si alguno la cabeza le dolía, caso de sangre no más, —ella decía, — como la san guinaria, en el momento, que aminora el dolor en un momento, se le metía en la frente unas buenas fricciones de aguardiente, y pinguoso enseguida. — que ese es el medio de alargar la vida. — Unos baños de pies y un si apismo se aliviaban lo mismo. Y así tranquilamente le enseñaba todos cuantos temas me recordaba.

Hababa de los médicos horrores, todos eran pobres, pero un barbero, que ella conocía, y que era no sólo suyo, y quien sabía curar los males, tan perfectamente que tenía pasmada á mucha gente. Una mañana, mientras yo almorzaba,

me dijo que acababa de darle una receta á su vecina para curar la muerte repentina; ha juzgado que la puso tan contenta que, de pura emoción, casi reventó, y que á mí me produjo tanta risa que me saqué un ojo de la cabeza. O sea que me dijo que á su hermanita le curó una herida con una botella con agua y unas y unas tragos de agua de aceitunas recién que, en reserva, le dio un ojo y me y pacifico en curar el mal de ojo.

Fuera de estas manías, era una buena mujer y buena cocinera. Pero cuando un día, que apenas si la podía andar podía; pues le dieron resaca de dolores en sus extremidades inferiores; y se le olvidó de ver con qué frecuencia se daba, presurosos, alguna amara, tomaba colaciones y purgantes, y acabó siempre mal y peor que antes.

Llamé á su paciente, el que tenía pasmada á mucha gente, y a pesar de su fama y de aquel pasmo, me quedé á su paciente en entusiasmo, pues le curó en pocas sesiones, y así, casi en un día, se curó.

Vino una mañana, a la casa Ignacia, que se guisaba con tanta gracia, pues nació en Júcar, enzarzada, con dos rayos en cruz en la quijada. Dice esa mujer, luego unas fricciones, luego a la hora de las oraciones, produjo en ella un efecto muy fatigoso, y me vino uno y unas cosas para hacer un ensayo, en un momento, con lo que me quedé muy interesado, por el caso de curar, ¿qué podía ser resultado de una herida? — como me acordaba por un día de todo, que me curaba no pudo hallar modo; con lo cual me quedé en la Ignacia, a pesar del zurrón, no tuvo gracia.

Viendo yo que los meses se pasaban y que los curanderos no curaban, le propuse, más tarde, que hiciese un curso de curación de curación. Vino un doctor, que fue de los mejores, pero le quedé en diez días los dos ojos.

Después de estar curada, me dijo un día que era gran bobada que yo fuera a meterme a curandero; a no ser que me mant a seguir a quisiera; pues todas sus recetas e ingredientes resultaban sobrado inconvenientes. Y así le quedé me dijo que no se curó el médico, de hijo;

que pensar en tal cosa es disparate, porque ella le curó a San Cayetano un Padrenuestro y un Ave María, y desde entonces se tuvo mejoría quedando demostrado que fue el santo quien le curó del todo, y por lo tanto, como a siempre agradecida era, le había ofrecido dos piernas de cava.

Sin saber qué decir, quedé un momento aborrecido con mi mismo pensamiento, y dije para mí: lo la curación padecía siempre de una enfermedad; que ése a que me es un problema; pero sigamos cada uno con su tema. Y por estas razones no me acordé yo nunca en discusiones, de dejar a cada cual con su manía. Pretender otra cosa es tontería.

Valentín Arróniz.

TIJERETAZOS

Dice un periódico: «Corría anoche que el señor García Prieto había escrito al señor Moret recordándole su resolución de abandonar el ministerio.»

Ya son dos los que quieren marcharse: el de Hacienda y el de Gracia y Justicia. En cambio habrá otros que quisieran quedarse y no quedarán en la estacada cuando llegue la hora de la crisis verdad.

En Barcelona siguen los guasones poniendo cachivaches que parecen bombas con el fin de asustar a las gentes. Y la policía sigue perfectamente de salud.

Los catalanistas han acordado presentar once enmiendas al artículo primero del proyecto de ley sobre juraficciones.

Tiene razón el ministro de la Guerra al decir que seguirá ocupando el banco de la paciencia hasta la semana de pasión.

Po que al paso que lleva el debate y con esas enmiendas que le van arrojando, no va a acabar nunca.

Jicen de Olite que al querer un pastor separar dos toros que reñan, fué correado por uno que le echó a muerto.

El chico de puerisador tiene esa costumbre.

Una ejercio entre hombres suele acarrear alguna puñalada. Hay mil precedentes.

Una puñalada de Granada nos explica lo que es antes de ahora el pueblo de Almería y lo que es en la actualidad.

En tiempo de los muros era una población floreciente.

Hoy, cuando se ha andado para atrás—dice el colega—que se encuentra esta hermosa ciudad sin ninguna vía de comunicación, pues la carretera de la costa no llega más que a Sabadilla y no hay medio hábil de salir de allí a no ser en globos.

¿De qué ha sucedido entonces la civilización?

Si entraríamos en ese camino caminando de espaldas y lo habríamos recorrido al revés?

No queremos pensarlo porque nos da vespertina.

El manto en los submarinos

Lo que dice el almirante Aubert

La colisión había días pisado entre el submarino francés «Bulle» y el acorazado «Suffren», de la misma nacionalidad, que pudo haber ocasionado una espantosa catástrofe de labores realizadas el choque del submarino contra el «Suffren» unos cuantos centímetros más arriba de la parte inferior del último, ha sido visto para que el almirante Aubert haya hecho algunas manifestaciones sobre las atribuciones en el mando de los submarinos, que consideramos dignas de dar a conocer a los lectores, toda vez que este asunto es de actualidad y de interés para todos aquellos países que en sus respectivas escuadras cuentan con esa clase de buques.

En los primeros tiempos de los submarinos, cuando estos buques eran raros, se daba el caso en Francia de que los marinos de guerra reclamaban en gran número el mando de los mismos.

El interés ante el carácter científico de esta navegación submarina y el aspecto peligroso que revestía, atraían a los oficiales de la Marina francesa, los cuales sabían que al fin y a la postre serían recompensados por sus esfuerzos y por su abnegación, con ventajas positivas en su carrera.

Esta elección era tanto más fácil, cuanto que los submarinos eran entonces pocos numerosos.

compono de terribles venenos por la rápida condensación de sus deleites, de sus fuerzas ó de sus ideas. Y cuántos hombres parecen así, víctimas de un ácido moral que se esparce repentinamente en su corazón!...

—¿Qué contiene esta caja?... preguntó al entrar en un grande gabinete, postre montón de gorias, de humanos esfuerzos, de originalidades, y de riquezas.

Y mostraba con el dedo una caja cuadrada de caoba, suspendida en un clavo por una cadena de plata.

—¡Ah! caballero, mi señor tiene la llave—dijo el gorido mancebo con aire de misterio.—Si desea ver el retrato, me aventuraré, por complaceros, a decirselo...

—¿Que os aventuraráis!—contestó el joven.—¡Vuestro amo es algun príncipe!

—Yo... no lo sé...—respondió el mozo.

Y se miraron por un momento tan asombrados el uno como el otro.

El mancebo, interpretando por un deseo el silencio del desconocido, le dejó solo en el gabinete.

de Claudio Lorenc; un Gerardo Doy parecido á una página de Sterne, y cuadros de Rembrandt, de Murillo, de Velázquez, sombríos y coloreados como un poema de lord Byron; y después bajo relieves antiguos, piedras de ágata, conyx maravillosos; en fin, todos eran trabajos para ediar el trabajo, obras maestras acumuladas, capaces de hacer aborrecer las artes y matar el entusiasmo.

Vió una virg n de Rafael, pero ya estaba cansado de Rafael.

Una figura del Correggio que pedía una mirada, ni aun pudo obtenerla.

Un vaso inestimable de pórfido antiguo, y cuyas circulares esculturas representaban la más grotescamente li-cenciosa de las bacanales romanas, objeto que formara las delicias de alguna Corina, apenas pudo alcanzar una sonrisa.

Hallábase sofocado bajo los escombros de cincuenta siglos, enfermo de tantos pensamientos humanos, asesinado por el ojo y las artes, oprimido bajo aquellas formas ren-cientes que parecían á monstruos engendrados á sus pies por algún genio maligno, le hacían una guerra sin fin.

Semejante en sus caprichos á la química moderna que gasea la creación por un gas, el alma del hombre á



Tiritaba de frío mirando una nevada del pintor Nieris, ó se batía contemplando una batalla pintada por Salvator Rosa.

Acercándose al tomavie del Illinois, sentía levantarse la piel de su cráneo por el escalpo de un Cheroké.

Maravillado al aspecto de un land, confesólo á la mano de una castellana, escuchando su canto melódico, y figurábasele estar por la noche junto á una gótica chimenea.

